

La vida en technicolor

Cuando era pequeño mi hermano y yo le preguntábamos a nuestra mamá si su vida y la de papá era a blanco y negro, lo que provocaba que mi mamá nos preguntara con una falsa indignación qué tan vieja creíamos que era. Nosotros nos reíamos, porque para mi hermano y para mí era difícil imaginar el pasado a color. Tal vez era por todas las imágenes de los libros de historia y las películas viejas, antes de que la televisión fuera a color. Yo me imaginaba cómo sería la vida monocromática. Jamás pensé que mi imaginación se volvería realidad.

Nadie notó cuando el color dejó nuestro mundo, pasó tan rápido como un suspiro. No hubo un evento cataclísmico, ni truenos dividiendo los cielos. La marea dejó de mecerse en un tenue azul, los atardeceres perdieron sus pinceladas anaranjadas y violetas y las flores se volvieron un eco de lo que alguna vez fueron. Esto provocó un desequilibrio que en ninguno de mis más aventurados pensamientos pude imaginar. Los ecosistemas fallaron, pero también nuestra percepción. Nuestros ojos se habían acostumbrado a leer un mundo que perdió sus referentes. Las emociones se apagaron como si también dependieran de un código cromático para poder encenderse.

Los científicos hablaron de espectros perdidos, y de conos en los ojos que ya no respondían. Los pigmentos y las longitudes de onda ahora eran invisibles para nosotros. Las mariposas dejaron de buscarse entre ellas, no se distinguían los frutos inmaduros de los podridos y las abejas realizaban una triste danza en círculos. Nada encajaba ya: las estaciones se sentían fuera de lugar, los rostros carecían de individualidad y hasta el silencio sonaba distinto.

Pronto entendimos que, más allá de los laboratorios y las ecuaciones, perdimos algo más. Algo que no comprendíamos que era parte elemental de nuestra existencia y nos había acompañado desde nuestras épocas más primitivas. Recuerdo haber sentido como si mi estómago desapareciera. Como si algo dentro de mí hubiera perdido su centro.

Fue entonces que comenzamos a olvidar. Perdimos el recuerdo del verde exacto de las copas de los árboles en primavera, olvidamos el rojo seductor de unos labios y el pacífico azul que resaltaba con las esponjosas nubes de un cielo en verano. Me acuerdo cuánto me gustaba observar los atardeceres. Sentía curiosidad por los diferentes colores que pintaban el cielo y también una sensación reconfortante. Como si el mundo se detuviera por un momento para que yo pudiera apreciar el final del día. Pero todo eso se perdió y empecé a olvidar esa sensación. Ahora la única emoción que se podía sentir en el ambiente era fría.

Entendí que la tristeza y el dolor que existían no sólo eran por la pérdida de lo que siempre estuvo con nosotros, sino por la impotencia de describir aquello que ya no está. El color no era un lujo, era un lenguaje que todos los seres humanos conocíamos y no apreciábamos. El color era la vida que llenaba nuestros días y no supimos valorar.

Afortunadamente nada es permanente. Agradecí a los árboles por pintar la calle con hojas secas, y al cielo cuando veía como se sonrojaba, como si hubiera extrañado que lo observáramos con cariño antes de que caiga la noche. Ese día, nadie durmió. Todos salimos a disfrutar de los tonos que decoraban la oscuridad.